

DE MADRUGADA DEJÓ DE LLOVER

De madrugada dejó de llover y un tímido sol
intenta trepar por los balcones.

Las calles bostezan,
un gato se suicida siete veces en la misma esquina
y no tardarán las rosas en sangrar
el rocío de otro día que amenaza.

La noche habrá dejado miles de cadáveres,
las religiones y las razas libran afuera
la enésima guerra que ganará el dinero.

Todavía duermes ajena a todo.

Bajo la persiana,
y por uno de sus agujeros
se cuelga un haz de luz que dibuja un diminuto punto
sobre tu espalda desnuda.

De seguir inmóvil
tus hombros serán las siete de la mañana.

Cierro las cortinas y no puedo evitar
sentirme culpable por ser feliz,
por ayunar el pan nuestro
de cada melancolía.

La habitación es penumbra luminosa,
una silla, un armario, una mesita sin foto
y un reloj sin horas que se ahorcó en la pared.

Vuelvo a la cama,
todavía duermes ajena a todo
y te abrazas inconsciente a mi cuerpo en cruz.

En tu pecho la vida late
setenta veces por minuto.

No hace frío,
las sábanas huelen a líquidos secretos
y el aire aún retiene el perfume
de nuestra victoria a dos asaltos
contra la insoportable levedad del ser.

Nunca mediste los besos que me diste,
tal vez por eso te quiero,
quizá por eso
la puerta de la habitación está cerrada,
para que no salgan tus labios,
para que no entren las nóminas,
ni el euríbor ni los horarios.
Tal vez por eso me quiero.

De madrugada dejó de llover,
marzo sale a caminar por las avenidas
y me siento menos culpable por ser feliz,
por habitar tus ojos y tu boca,
por saber que moriré dos veces cuando muera.

Retiro tu brazo despacio
para que no te despiertes,
y me levanto y cojo tabaco y voy
a la cocina y hago café.

Todavía duermes ajena a todo
y enciendo una nube azul de humo
que fumo como un beso.